«verdad que nosotros llevamos á los hombres sale de un corazon «martirizado, sale del pié de la cruz; esta verdad dice que el cora«zon del hombre es un abismo, que es preciso purificarle con una «austera penitencia. Procede de la sangre y pide sangre, y si tratá«seis de poner en duda su pureza, os responderia: ¿y cómo podria «dejar de ser pura si ha nacido crucificada?»

Dirijamos ahora la vista á las religiones no cristianas, y á las sectas cristianas. ¿Cuál de ellas posee la certidumbre moral? Las religiones paganas, como sabeis, son religiones de placeres é ignorancia. Conoceis á Mahoma; al mismo tiempo que imposibilitaba la ciencia, destruia la moral y legaba á sus discípulos costumbres infames y esperanzas eternas tan infames como sus costumbres. Si pasamos á las sectas cristianas, tienen el bien en su seno, solo porque conservan alguna relacion con JESUCRISTO; sin embargo, su virtud no es de sacrificio como la de la Iglesia.

«La virtud católica destruye el orgullo en su raíz, mientras que «el protestantismo le deja en pié, concediendo tanto valor al crite«rio individual. Para sensibilizar mas esto pongamos un ejemplo. «Subsiste en Europa un imperio que cuenta á lo menos sesenta mi«llones de súbditos; sus pueblos son cristianos, y no se diferencian «de nosotros sino por la ruptura de la unidad; este imperio contie«ne dos elementos: uno es civilizado, otro bárbaro, y este es admira«ble por su fuerza. La nacion es naturalmente piadosa, y sin em«bargo, con sus sesenta millones de hombres, con sus recursos de «civilizacion y de barbarie, con su Cristianismo, el imperio ruso «no ha podido producir todavía una hija de la Caridad, y ni él ni to«das las potencias protestantes podrán producirla. ¿Por qué? es que «para amar hasta cierto grado, es preciso una fe profunda, no basta «una razon que sepa discutir, necesítase una que sepa adorar, abis«marse, anonadarse; jamás los protestantes, con su virtud de hom«bres de bien, llegaron al entusiasmo que exige el amor [1].»

Puedo retirarme por hoy: he acabado de perfilaros el reino de la Iglesia; comparadlo con otros reinos. Él se asemeja al imperio romano en la universalidad de sus súbditos, pero le aventaja en la unidad de su espíritu, de su ley, de su Dios, y en la intimidad que su Dios, su ley y su espíritu alcanza en el indivíduo y en la sociedad.

UNO, SANTO, CATÓLICO.

Hé ahí el reino de la Iglesia: todo poder es pequeño á su lado; en la Iglesia reside, pues, la suprema manifestacion del poder.

[1] El P. Lacordaire.

CONFERENCIA DÉCIMACUARTA.

De los combates contra el poder temporal de la Iglesia.

Luchas de la revolucion y de la serpiente contra María y la Iglesia.

I. Bajo qué punto de vista puede afirmarse que la Iglesia está compuesta de niños.—Virilidad de los que la combaten.—Qué significa que los hombres del poder, del saber y del influjo no puedan triunfar de los niños del Cristianismo.—Los soberanos, filosofía de su oposicion al Pontificado.—Creacion de la soberanía de la conciencia.—Teorías cristianas sobre la dependencia de toda soberanía.—Lo que el Cristianismo ha quitado y lo que ha añadido á la soberanía.—Balance de los intereses de la soberanía en el órden pagano y en el cristiano.—Oposicion de los sábios y de los genios al Cristianismo.—Sus causas.—Esperanzas vanidosas desvanecidas por su oposicion.

II. La revolucion filosófica y la popular, comparacion de algunas máximas sociales del espíritu católico con otras del espíritu revolucionario.—Exámen detenido de los principios revolucionarios.—*El sacerdote tiene su mision en el templo, no en la tierra.*—JESUCRISTO *vino á reformar las conciencias, no la historia.*—Absurdos y contradicciones envueltos en estos principios.—Un cuadro bíblico reproducido en todas las edades cristianas y explicativo de las tendencias revolucionarias.—Aplicacion de las anteriores teorías á las posiciones actuales de la revolucion y de la Iglesia.

III. Conclusion.

Si la Iglesia no hubiera tenido que luchar con las insidias de la revolucion, le hubiera faltado un punto de semejanza con la inmaculada Vírgen María, la cual tuvo que luchar con la serpiente y venció sus asechanzas.

La serpiente que está á los piés de María simboliza la revolucion que está á los piés de la Iglesia: María, elevada sobre el globo terráqueo, es la hermosa figura de la Iglesia que domina las cinco partes del mundo.

Hoy debemos preguntarnos el por qué de esta lucha entre la serpiente y María, entre la revolucion y la Iglesia; debemos examinar el plan que la revolucion tiene en desvirtuar el carácter temporal de la mision católica.

La luz de esa corona refulgente con que el Padre adorna las cán-

didas sienes de María, alumbrará el camino que debemos seguir en el prudente desarrollo de esta importante cuestion.

Veni, veni, columba mea, veni de Libano, coronaberis, dice á la Iglesia el Padre. ¡Ay de aquel que participando del orgullo de Lucifer á esta voz del Padre: «ven y te coronaré,» conteste: «Yo te quitaré «la corona con que el Padre te glorifica!»

Virgen santa, pon tu gracia en mis labios, á fin de que las palabras que de ellos salgan sean correspondientes á tu dignidad y á tu gloria: *Ave María.*

I.

Uno de los testimonios mas gloriosos del orígen y carácter sobrenatural de la Iglesia es la constante victoria que alcanza sobre sus enemigos. Siempre combatida y siempre vencedora, es ella la institucion de toda la tierra y de todos los tiempos. Pero ¿qué clase de personas é instituciones la combaten? Esto es lo que venimos á examinar.

Se ha dicho: «La Iglesia no cuenta por afiliados sino á mujeres, «niños, y hombres débiles; su importancia social es poca;» desprecio significativo, pero que yo tomaré en cuenta el modo como se dirige, para convertirle en su defensa.

Segun las instrucciones de Jesucristo, la Iglesia no puede componerse sino de niños. Cualquiera que no vuelva como uno de estos, dijo el Señor, no entrará en el reino de los cielos. Los hombres mas grandes, mas poderosos, mas ricos, pierden su riqueza, su autoridad, su talla, al entrar en la Iglesia; Jesucristo es el Padre; los que en él creen, los que le aman son sus hijos, y no hijos que vayan á declararse en la Iglesia mayores de edad para reclamar el dote que les pertenece y declararse independientes, sino hijos pequeñitos, hijos menores, hijos que necesitan el apoyo, la providencia y la sombra del Padre; el hombre anonada su poder desde el momento que se echa en brazos del Redentor. Por esto, san Pablo despues de haber dicho: ¡Todo lo puedo! *Omnia possum*, añade: *in eo qui me confortat.*

Pues bien, los cristianos son niños que no tienen fuerzas propias; tienen razon los enemigos: la Iglesia solo está compuesta de niños. Pero ¿la tienen cuando deducen de esto que carece de importancia social?

Ellos mismos nos darán la respuesta: vosotros que combatís esta Iglesia, compuesta de niños, ¿quiénes sois? ¿Sois tambien niños? ¿Sois hombres de poco valer? ¿Sois mujercillas impotentes? No me resigno á creerlo; vosotros pensais tambien que sois algo mas, que valeis mucho mas, y en efecto, desde cierto punto de vista vuestro poder aparece mayor; sois los hombres influyentes de todos los siglos, sois la mayoría de los soberanos y la mayoría de los sábios, dos mayorías respetables que constituyen, no dudo en afirmarlo,

una oposicion irresistible á todo lo que no sea verdad. ¿Cómo, pues, siendo vosotros los hombres de la fuerza y del talento no podeis acabar contra una obra sin importancia social? ¿Qué diríais si los ejércitos disciplinados de dos grandes potencias, por ejemplo, de la Francia y la Rusia, no pudieran derrotar unos cuantos millares de niños, que por via de pasatiempo hubieran tratado de simular un combate? ¿Por qué la sabiduría y el poder no triunfa de la debilidad y de la ignorancia? Grandes hombres, ¿por qué no os quitais de delante la muchedumbre de niños católicos? Como observais, he aceptado el terreno que me habeis ofrecido; convengo en que los miembros de la Iglesia son niños; acepto que la oposicion á la Iglesia sea llevada á efecto por hombres: á vosotros ahora incumbe explicarnos cómo los hombres no triunfan de los niños. Si el tema de mi discurso fuera la divinidad de la Iglesia, yo os daria la respuesta; por lo presente mis investigaciones deben dirigirse á otro lado del terreno en que me encuentro constituido.

He dicho que la oposicion venia á la Iglesia de parte de los soberanos y de los sábios. ¿Por qué? Veámoslo.

¿La Iglesia es enemiga de la soberanía? Ya hemos visto que léjos de serlo le ha dado una base propia, legítima y natural; por otra parte no la coarta sino que la universaliza: ¿por qué, pues, muchos soberanos se han declarado enemigos de la Iglesia? Porque esta les ha declarado á su vez que no son propietarios del poder, que el poder que ejercen no tiene en ellos su principio, que ellos son vicarios y ministros del poder divino, administradores, mayordomos de los pueblos; esta es una de las razones: la Iglesia separa la soberanía del soberano para declarar al soberano súbdito de la soberanía, eleva esta y ataja por un lado aquel; los soberanos pierden en propiedad lo que el principio soberanía gana en altura, esto hiere el amor propio del hombre, pero injustamente, pues es exacto que la dignidad consiste en servir al poder: *Dignitas est esse servum potentiæ* [1]; y Casiodoro decia al Señor: «Mas noble es servirte á tí «que dominar las naciones de la tierra, especialmente cuando tu «reino nos transforma de esclavos en hijos, de impíos en justos, y «de cautivos en libres. Servir á Dios es la mayor gloria, no solo «mayor que la gloria de la libertad, sino que la de las riquezas, que «la del principado y de las demás cosas que los naturales juzgamos «mas preciosas [2].»

Pero la Iglesia no solo ha limitado la altura del poder terreno, sino tambien su accion. Jesucristo ha elevado la dignidad del súbdito, declarándole hijo de Dios. Como Dios es el principio de la soberanía, este título, hijo de Dios, lleva consigo este otro: hermano del soberano. La fraternidad supone un órden de consideraciones

[1] Ambr.
[2] Filon, I de cherub.

y atenciones nacidas de la unidad de orígen, de sangre y de destino. El gobierno del hermano debe diferenciarse naturalmente de una manera radical del gobierno del esclavo; este solo tenia deberes, aquel tiene tambien derechos, y por lo tanto poder, y por lo tanto está á menos distancia del que representa el poder supremo: así en el Cristianismo el representante del poder supremo domina desde menos altura personal, aunque con mas alta autoridad, y su accion es ejercida sobre hombres mas elevados que en las constituciones paganas.

Y prescindiendo de todo esto, el Cristianismo ha constituido en la humanidad una fuerza superior á su misma fuerza, fuerza que es á un mismo tiempo poder y tribunal, ante el que comparece así el rey como el criado á dar cuenta de sus respectivas administraciones.

Aquel tribunal, señores, aquella fuerza, aquel poder, es la segunda, y tan elocuente expresion como la primera, de la igualdad humana. La primera expresion de nuestra igualdad es la muerte, la segunda es la conciencia. La conciencia habla á todos un mismo lenguaje, la muerte guarda con todos idéntico tratamiento. La conciencia es la depositaria de la ley natural y de la ley divina, es un gran poder establecido por Dios para juzgar durante la vida de los poderosos los actos de sus respectivos poderes. Es la soberanía de las soberanías temporales.

Escuchad algunas frases destinadas á poner de relieve este poder, pronunciadas por un orador que ya os es familiar: «Dios no «solo es la soberanía viva, sino la ley viva, la ley eterna; y él nos «ha dado un bosquejo de esta ley en la natural y en la divina. Y «estas dos leyes, que son una expresion inmutable de las relacio«nes entre todos los seres dotados de inteligencia, ¿á quién han «sido confiadas desde un principio? ¿Acaso á la soberanía humana «ó al Estado? No, señores, no. Nunca ha sido el Estado el deposi«tario de la ley divina ni de la natural. ¿Quién, pues, lo ha sido «desde un principio? ¿Quién? un gran potentado, uno que no se «subdivide como las naciones, uno cuya accion se extiende de un «polo al otro del mundo; uno que, como la fuerza eléctrica ó como «el iman, corre incesantemente desde un polo al otro de la hu«manidad. ¡La conciencia! Ella es la que desde un principio fue la «depositaria de la ley natural y de la divina, y la que ha sido siem«pre en el mundo el contrapeso de la soberanía humana. Pero, an«tes del Cristianismo, ó mejor, antes de CRISTO, porque el Cristia«nismo existe desde el principio del mundo, la conciencia humana «era débil; habia perdido el depósito que se le confió. Y ¿qué hizo «JESUCRISTO? Sublimó la conciencia humana; le dijo un dia al sa«cerdote soplando desde arriba: *Recibe el Espíritu Santo, se perdo«narán los pecados á quien tú los perdonares, y serán retenidos á «quien tú los retuvieres. Todo lo que tú atares sobre la tierra será tam-*

«bien atado en el cielo; y dijo al hombre: *No temas á los que matan al «cuerpo y no pueden matar al alma: Te llevarán ante las conciencias «humanas divinizadas, ante los príncipes, ante los presidentes; se te «preguntará allí, pero no discurras la respuesta, porque yo mismo te la «inspiraré de manera que no les será dable resistir.* JESUCRISTO ha re«juvenecido la conciencia, la ha dado una fuerza de que antes ca«recia, le ha prescrito obedecer á Dios antes que á los hombres, y «la ha armado del martirio contra la soberanía humana degenera«da en tiranía. Mi alma es de Dios, mi corazon de mi rey, mi cuer«po solo está en manos de los inícuos; poco importa lo que de él ha«gan: leed la conciencia predicada por JESUCRISTO, la conciencia «católica. No era un sacerdote quien hablaba así, era Aquiles de «Harlay, primer presidente del Parlamento de París [1].»

Lo que manifiesta que el Cristianismo establece el predominio moral respecto la política, requiriendo la abdicacion de la soberanía absoluta del hombre en manos de la conciencia. Y como toda abdicacion hiere el orgullo, y todo orgullo herido se levanta, nada mas natural que la insubordinacion de las soberanías en el periodo candente de las pasiones corrompidas.

Si fuera este el lugar oportuno ensayaria demostrar que, á pesar de lo que el Cristianismo ha quitado á sus títulos personales, los soberanos no han sabido calcular fria y desapasionadamente lo que perdian, no aceptando las condiciones que el Cristianismo impone á su poder. Con todo, diré cuatro palabras relativas á este asunto. Los soberanos que dicen reinan por el derecho de la sangre y por la presion de la fuerza, que se glorian de rechazar el principio divino del poder, ¿sobre quién reinan? ¿sobre el hombre? Pero antes decidme: ¿qué es el hombre? ¿Es este cuerpo feo ó hermoso, esbelto ó torpe que se mueve? ó lo que del hombre vemos no es mas que una parte de su todo, compuesta de varios elementos, de los cuales el mas noble reside en el interior? La voluntad, ¿no es una parte muy integrante del hombre? Y la soberanía de la fuerza exclusiva ¿se ejerce sobre la voluntad? La fuerza solo tiene jurisdiccion material. Por esto, fuera del Cristianismo el soberano ejerce el poder de una manera absoluta, pero únicamente sobre los cuerpos, sobre las masas, en general, sobre la materia. El Cristianismo al paso que ha quitado á la soberanía humana la propiedad de su principio, y que ha nivelado la dignidad de los soberanos con la de los súbditos, ha ennoblecido la de aquellos, desde el momento en que les ha dado una especie de jurisdiccion en la conciencia. El poder humano se ha encontrado bajo la ley de la conciencia, pero, no saliendo de esta ley, domina hasta las conciencias de sus súbditos. La autoridad cristiana rige el espíritu; el ministerio del poder ha sido elevado, al paso que ha sido coartada su libertad.

[1] El P. Lacordaire, *discurso sobre la opinion de los hombres de Estado y de genio contra la doctrina católica.*

—Las ventajas que esta sublimacion de la autoridad ha importado á los soberanos son fácilmente reconocidas. En primer lugar, presentándose á los pueblos, no como propietarios del poder, sino como representantes de la autoridad paternal de Dios, excitan menos la animadversion del pueblo, el que reconociéndose criado ama espontáneamente al Criador y le respeta; en segundo lugar, siendo suave la ley del Señor, que es la que la soberanía cristiana promulga, no suscita las terribles dificultades que las leyes caprichosas de los antiguos soberanos. La soberanía, nacida y limitada por el Evangelio, apacigua las pasiones de las muchedumbres y disminuye los crímenes de los hombres, lo que es un beneficio para los soberanos, pues está escrito: «Que los crímenes de los hom«bres multiplican los príncipes [1],» multiplicacion que el conde De Maistre interpreta por frecuencia de asesinatos.

¿Qué puede haber mas terrible que un pueblo furioso contra su príncipe? ¿Cómo no ha de sucumbir el hombre en cuyo corazon sus súbditos leen un decreto de venganza perpétua ó de explotacion insaciable?

No en vano ha sido escrito: *omnis tyrannidis vita brevis.* En efecto, muy corta es la vida de los déspotas: «Hé aquí, dice Cornelio Alá«pide, que apenas transcurrido un mes de que Faraon habia des«preciado el aviso de Moisés, mientras oprimia acérrimo á los he«breos con fatigas y luto, es despojado de la vida y del reino. Julio «César, invasor del imperio, á los tres años murió de confusion; «Ciro, desde la plenitud de su monarquía, esto es, desde el cauti«verio de Babilonia, solo reinó un trienio, despues del cual, la rei«na de los escitas lo cautivó, le decapitó, y llenándole de sangre le «dijo: *Sáciate, ó Ciro, sáciate de sangre ya que tanta sed de ella tu«viste.* Alejandro Magno, despues de muerto Darío solo reinó seis «años, por lo que Apeles le representó en la figura de un rayo que «desaparece con la misma rapidez que brilla [2].» La soberanía cristiana está menos expuesta á las furias populares, sin que intente significar que haya encontrado completamente su abrigo. Los pueblos colocados bajo la direccion de una tiranía respiran una atmósfera, cuyo estado normal es la tempestad: los pueblos regidos cristianamente, sin desconocer la tempestad, no la sufren sino á períodos determinados. Es verdad, han subido al cadalso algunos soberanos, en cuya frente nadie descubria la mancha del despotismo; pero la opinion popular ha protestado. Protesta satisfactoria que el tirano no oye jamás al revolverse en su propia sangre.

Concluyo, pues, que el Cristianismo, dando á la soberanía una ley suave para el pueblo, le ha conquistado el amor de este. Pues le ha dicho, la soberanía no constituye una dignidad diferente de

[1] Prov. XXVIII.
[2] In Exod. cap. XIV.

la tuya, aunque represente una autoridad superior á tí y al mismo que la ejerce. El regicidio es combatido por su base.

¿Hablaré de las ventajas que esta sublimacion lleva al pueblo? Él ha sentido dispertarse el sentimiento de su dignidad, el cual, cambiando rápidamente su espíritu, le ha impreso la fisonomía de hoy, que en nada se parece á la antigua.

Pero el orgullo, epidemia aclimatada en los sistemas sociales, ha preferido el antiguo reino del capricho á la presente constitucion de la justicia y del amor; el soberano ha querido ser propietario del poder, y viendo que el Cristianismo reconocia en el Padre eterno la autoridad universal, se ha insubordinado y ha dicho como Luzbel: *Non serviam.*

Otra jerarquía no menos respetable y digna ha venido á dirigir sus dardos contra el poder de la Iglesia: la de los grandes genios. Los sábios y los artistas, estas dos clases predilectas de una institucion cuyo objeto es vivificar las obras materiales, tienen su puesto de preferencia en el plan de la Religion que adora la verdad y la belleza supremas. ¿Por qué los sábios no vinieron sino muy despacio á ocupar sus sillas, y por qué aun no todos vinieron, y porque muchos léjos de venir han combatido la Iglesia, que tan consideradamente trata á las facultades que Dios concede al hombre? ¿Por qué la razon, á la cual la autoridad infalible de la Iglesia enriquece con enseñanzas axiomáticas, no ha querido ser la entusiasta pregonera de la escuela que venia á disipar las dudas de la inteligencia y á fijar la base de toda filosofía posible?

¡Ah! seré ingénuo como siempre: antes de aparecer Jesucristo, como la verdad era indefinida, habia la esperanza, en unos, de dar de ella definiciones mas claras que sus antecesores, y en otros, habia el orgullo de haber alcanzado ya este honor: Aristóteles conquistó una especie de divinidad por la supremacía en el método; Platon se consideró investido de la púrpura metafísica; muchos jóvenes del Pórtico y de la Academia se habian hecho la ilusion de creerse llamados á formular la ciencia del universo. De modo que en la region de la inteligencia la lucha para obtener la soberanía era tan viva como en la region del poder, y mas aun, pues el trono intelectual estaba vacío. Los judíos esperaban un gran Rey, los gentiles esperaban un gran revelador.

La doctrina de Jesucristo vino á disipar las vanidosas esperanzas. La lectura del Evangelio engendró la conviccion en los hombres de gran talento, de que no podia darse una cosa mas perfecta, que el sistema del universo estaba ya formulado, que no podia esperarse una popularidad mas completa que la del Evangelio.

Lo lógico era respetar sus principios, pero no es la lógica reina del mundo. La doctrina cristiana, que si la hubiera concebido y formulado un hombre, cualquiera que hubiese sido, le hubiera dado motivo para juzgarse mas que hombre, ha sido el blanco de las argu-